

## XIII.

A no estar tan profundamente turbado, Santiago de Boiscoran hubiera reconocido con cuanta cordura había escogido, para declararse en confesión, al célebre abogado de Sauveterre.

Un extraño, el señor Folgat, por ejemplo, le habría escuchado sin pestañear: no hubiera visto en la revelación sino el hecho mismo, y no le hubiera dado más que su impresión personal,

Pero con el señor Magloire al contrario, tuvo la impresión de todos los habitantes de la ciudad.

Y el señor Magloire, al haber escuchado la declaración de que la condesa de Claudieuse había sido su querida, hizo un gesto de reprobación y exclamó:

—¡Eso es imij osible!

Aquella expresión no sorprendió á Santiago. Había sido el primero en decir que rehusarían creerlo cuando confesara la verdad, y aquella convicción había contribuido mucho á detener la confesión en sus labios.

—Es inverosímil, lo sé, dijo, y sin embargo, es la verdad....

—¡Las pruebas!.... interrumpió el señor Magloire.

—No tengo pruebas.

La expresión triste y benévola de la fisonomía del abogado de Sauveterre, cambió por completo.

Tenía el asombro y la indignación en la mirada obstinada que fijaba en el prisionero.

—Hay cosas, replicó, que es muy temerario el decir las, cuando no se tienen las pruebas. Reflexionad....

—Mi situación es la que me obliga á decirlo todo....

—¿Por qué habéis esperado tanto tiempo?

—Esperaba que me evitaran el llegar á este horrible extremo....

—¿Quién?

—La señora de Claudieuse.

El señor Magloire fruncía más y más el ceño.

—No soy sospechoso de parcialidad, pronunció. El señor conde de Claudieuse puede ser el



único enemigo que tengo en la población; pero es un enemigo encarnizado, irreconciliable. Para impedirme llegar á la Cámara y quitarme votos, ha descendido á cometer actos poco dignos de un caballero. No lo quiero. Pero la justicia me obliga á declarar altamente que considero á la señora condesa de Claudieuse como la más elevada, la más pura y la más noble manifestación de la mujer, de la esposa, de la madre de familia . . .

Una sonrisa amarga crispaba los labios de Santiago.

—Y sin embargo, he sido su amante, dijo.

—¿Cuándo? ¿Cómo? La señora de Claudieuse vivía en Valpinson y vos estábais en París . . .

—Sí, pero todos los años la señora de Claudieuse iba á pasar el mes de Septiembre á París y yo venía varias veces á Boiscoran.

—¡Es difícil que no se haya llegado á traslucir algo de tal intriga!

—Era porque tomábamos nuestras precauciones.

—¿Y nunca lo ha sabido alguno?

—No . . .

Pero Santiago se irritó al fin de la actitud del señor Magloire. Olvidada que había previsto demasiado las terribles sospechas de que era objeto.

—¿Por qué todas esas preguntas? exclamó. ¿No me creéis? Sea. Dejadme al menos inintente el convenceros. ¿Queréis escucharme?

El señor Magloire acercó una silla y se sentó, pero no como es costumbre, sino montado como en un caballo, cruzando los brazos sobre el respaldo.

—Os escucho, dijo.

Lívido un momento antes, el semblante de Santiago de Boiscoran se puso como la púrpura. La cólera brillaba en sus ojos.

¡Tratarlo de aquella manera!

Jamás la altivez del señor Galpin-Daveline lo había ofendido tanto como aquella condescendencia friamente desdeñosa del señor Magloire.

El pensamiento de mandarlo salir pasó por su espíritu . . . ¿Pero y después? . . . Estaba condenado á apurar hasta la última gota el cáliz de las humillaciones . . . Porque era necesario salvarse ante todo, retirarse del abismo . . .

—Os mostrais duro, Magloire, pronunció con un tono de resentimiento difícilmente contenido, y me haceis sentir sin piedad el horror de mi situación . . . ¡Oh!; no os excuseis . . . ¡Para qué! . . . Dejadme hablar.

Dió maquinalmente algunos pasos en su cel-



da, pasando y repasando la mano sobre su frente como para enlazar sus recuerdos.

Después con un acento más calmado:

—Fué, comenzó, en los primeros días de mes de Agosto de 1866, en que vine á pasar algunas semanas al lado de mi tío, cuando ví por la vez primera á la condesa de Claudieuse.

El conde de Claudieuse y mi tío se encontraban entonces mal, siempre con motivo de ese desgraciado curso de las aguas que atraviesan nuestras propiedades y á un amigo de ambos, el señor de Besson, se le metió en la cabeza la de reconciliarlos y los decidió á encontrarse en una comida que se dió en su casa.

Mi tío me llevó consigo. La condesa acompañó á su marido.

Acababa yo de cumplir veinte años y ella tenía veintiseis.

Al verla, quedé mudo de admiración.

Me parecía que nunca hasta entonces había encontrado una mujer tan perfectamente bella y graciosa, ni contemplado un rostro tan encantador, unos ojos tan hermosos y una sonrisa tan dulce.

Ella me pareció hacerme caso, no le dirijí la palabra, y sin embargo sentí en mí como el presentimiento de que esa mujer representaría un papel importante en mi vida y un papel fatal. . .

Pero fué la impresión tan viva, que saliendo de la casa donde comimos, no pude contenerme de decir algo de eso á mi tío. . . . . Se puso á reír, me respondió que era un necio y que si alguna vez mi existencia había de ser turbada por una mujer, no lo sería por la condesa de Claudieuse.

En la apariencia tenía mil veces razón. Apenas podíamos imaginarnos un acontecimiento que de nuevo me acercaría á la condesa. La tentativa de reconciliación del señor de Besson había fracasado completamente, la condesa de Claudieuse se quedó en Valpinson y despues del siguiente día me volví á París.

Partí, sin embargo, preocupado, y el recuerdo de la comida del señor de Besson palpitaba todavía en mí espíritu, cuando un mes despues en París, encontrándome en una *soirée* en la casa del señor de Chalusse, el hermano de mi madre, me pareció reconocer á la señora de Claudieuse. . . .

Era ella en efecto. La saludé. Y viendo por la manera con la cual contestaba mi saludo que me reconocía, temblando todo me acerqué á ella y me permití sentarme á su lado. . . .

Me contó que estaba por un mes en París, como todos los años, en la casa de su padre, el marqués de Tassar de Bruc. Que había ido á aquella *soirée* casi á la fuerza, que nada se di-



vertía, detestando el mundo. No bailó y me quedé platicando con ella hasta el momento en que se retiró....

Al dejarla me sentía locamente enamorado y sin embargo no traté de volverla á ver.... Fué todavía la casualidad la que volvió á reunirnos.

Un día en que tenía un negocio en Melun, llegué á la estación cuando el tren iba á partir y apenas tuve el tiempo necesario para meterme en el wagon más próximo á la entrada.....

¡En aquel wagon estaba la señora de Claudieuse....

Solo recuerdo de todo lo que me dijo, que se dirigía á Fontainebleau á la casa de una de sus amigas, en la cual pasaba todas las semanas el martes y el sábado. Que generalmente tomaba el tren de las nueve...

Era un martes, y durante los tres días que siguieron, se libraron en mí los más extraños combates.

Estaba apasionado de la condesa, y sin embargo me causaba miedo....

Pero mi mala estrella la llevó, y el sábado siguiente, á las nueve de la mañana llegué á la estación de Lyon.

La señora Claudieuse me lo confesó despues; me esperaba.

Luego que me vió me hizo una seña, y cuando abrieron las puertas fui á sentarme en el mismo departamento en que ella se encontraba.....

Escuchándolo, hacia ya un momento que el señor Magloire se agitaba sobre su silla con todas las señales de la más extrema impaciencia.

No conteniéndose más, al fin:

—¡Es demasiado inverosímil!.... exclamó.

Santiago de Boiscorán no respondió desde luego.

Al remover de aquella manera las cenizas de su pasado, se estremecía turbado por emociones indecibles.

Estaba como herido de estupor, al sentir que subía á sus labios el secreto tanto tiempo oculto en lo más profundo de su corazón, de sus amores extinguidos....

Había amado despues de todo, y había sido amado.

Hay sensaciones íntimas que nada puede renovarlas jamás y que nada sería capaz de borrarlas....

El enternecimiento lo dominó, las lágrimas humedecieron sus ojos....

Por lo tanto, como el célebre abogado de Sauveterre repetía su exclamación, diciendo todavía:



—¡No, eso no es creíble!....

—No pido que me créais, amiga mía, dijo dulcemente Santiago, deseo tan solo que me escuchéis....

Recobró toda su energía contra el desfallecimiento que lo embargaba.

—Ese viaje á Fontainebleau, decidió de nuestro destino.

Otros muchos siguieron despues.

La señora de Claudieuse pasaba el día en la casa de su amiga, y yo vagaba durante largas horas entre la selva.

Pero en la tarde nos encontrábamos en la estación.

Nos colocábamos en un cupé que me reservaban desde Lyon, volvíamos juntos á París y la acompañaba en coche hasta la calle de la Ferme-de-Mathurins, donde vivía el señor marqués de Tassar de Bruc, su padre....

Por fin, una tarde salió como de costumbre de la casa de su amiga de Fontainebleau... pero no regresó á la casa de su padre sino al siguiente día....

—¡Santiago! interrumpió el señor Magloire tan descompuesto como si hubiera escuchado una blasfemia, ¡Santiago! ...

El señor de Boiscorán no vaciló.

—¡Oh! dijo, sé y siento lo que debe pareceros mi conducta, Magloire. Pensais que no de-

be haber excusa para el hombre que traiciona la confianza de la mujer que se entrega á él! Escuchad ántes de juzgarme.

Y con un acento más firme.

—Entonces, prosiguió, me consideraba el más dichoso de los hombres y mi corazón se llenaba de dañosas vanidades, pensando que me pertenecía aquella mujer tan bella y cuyo immaculado renombre se encontraba por encima de todas las calumnias.

Acababa de anudar al derredor de mi cuello una de esas cuerdas fatales que solo la muerte puede cortar, y en mi completa insensatez, me felicitaba.

Tal vez me haya amado verdaderamente entonces.

No calculaba al menos y trastornada por la sola, por la única pasión de su vida, me descubrió hasta las más sombrías profundidades de su alma ...

Entonces, no pensaba todavía en ponerse en guardia contra mí y en plegarme á todo lo que era obra de su voluntad; me dijo el secreto de su matrimonio, que en otro tiempo había dejado estupefacta á la población....

Habiendo presentado su dimisión el marqués de Bruc, su padre, no tardó en cansarse de vivir en la ociosidad y en irritarse por la mezquindad de su fortuna. Se había lanzado



en atrevidas especulaciones; había perdido todo lo que poseía y comprometido su honor.

Lleno de desesperacion, devorado por los remordimientos y temores, pensaba en el suicidio, cuando de improviso cayó en su casa uno de sus antiguos compañeros de promoción, el conde Claudieuse.

En un momento de expansion, el señor de Tassar de Bruc le confesó todo, y entonces le juró arrancarlo de aquel abismo de vergüenza.

Aquello era hermoso y grande.

Debía costarle una suma considerable.

Son raros los amigos de la infancia, dispuestos á arruinarse por afecto á otro.

Desgraciadamente el conde de Claudieuse no supo ver al héroe que se anunció al principio.

Habiendo visto á la señorita Genoveva de Tassar de Bruc, se desvaneció ante su belleza; presa de una de esas pasiones que nadie domina, olvidando que ella tenía veinte años y él iba á cumplir cincuenta, hizo comprender á su amigo que estaba siempre dispuesto á prestarle el servicio prometido, pero que quería en cambio la mano de la señorita Genoveva.

Aquella misma tarde, el gentilhombre agobiado, entró en la recámara de su hija y con las lágrimas en los ojos, le expuso su horrible situación.

Ella no vaciló.

—«Ante todo, dijo á su padre, salvemos el honor que vuestra muerte no rescataría. El señor de Claudieuse es un cruel loco que se olvida de que tiene treinta años más que yo. Desde este momento lo desprecio y lo odio. Decidle que estoy dispuesta á ser su mujer.»

Y como su padre, extraviado por el dolor, exclamara que nunca el conde aceptaría tal consentimiento:

—«¡Oh! estad tranquilo, le respondió,—eso es lo que me ha dicho al menos—sabré sacrificarme, y vuestro amigo no habrá hecho compra por engaño. Pero conozco lo que valgo, y por grande que sea el servicio que os hace, reflexionad bien que nada le debeis...»

Antes de quince dias, en efecto, la señorita Genoveva había dejado sospechar al conde de Claudieuse que podía amarlo, y un mes más tarde fué su mujer.

El conde, por su parte, hizo más de lo que había prometido y desplegó la más habil delicadeza para que nadie sospechara la ruina del señor de Tassar de Bruc. Le había enviado doscientos mil francos para arreglar sus negocios, había reconocido á su joven esposa una dote de cincuenta mil escudos, la cual no había recibido, y en fin se empeñó en dar al señor y la señora de Bruc diez mil libras de ren-



ta para mientras vivieran, se había desprendido de más de la mitad de su fortuna....

En esta vez el señor Magloire no pensó en volver á protestar.

Inquieto en su silla, con las pupilas dilatadas por el estupor, estaba como un hombre que se pregunta si está despierto ó es juguete de una pesadilla.

—¡Es inconcebible, murmuró, es inaudito!..

Santiago se animaba poco á poco.

—Eso es, presiguió, lo que la señora de Claudieuse me contó en las primeras horas de embriaguez. Cuando fué dueña de sí misma, me lo volvió á referir friamente como la cosa más natural del mundo.

«Es verdad, decía ella, que el señor de Claudieuse nunca tuvo que arrepentirse de haberme comprado. Si él ha sido generoso, yo he sido leal. Mi padre le debe la vida, pero le he dado años de una felicidad que no se había hecho para él. Si no ha tenido amor, en cambio no le ha faltado una divina comedia con apariencias más deliciosas que la realidad.»

Y como no podía disimular mi admiración:

—Solamente, agregó riendo, he llevado en la venta una restricción mental. Me reservaba tomar, cuando llegara mi vez, mi parte de felicidad aquí en la tierra. Esa parte sois vos, Santiago. No creais que me turba algún re-

mordimiento. Mientras mi marido se crea feliz, estaré dentro de los términos del contrato....»

Hablaba ella en aquella época así, Magloire, y el hombre más experimentado se habría sentido lleno de espanto.... Pero era un niño y la amaba con toda mi alma, admiraba su genio y me prendaba de sus sofismas....

Una carta del conde de Claudieuse nos despertó de nuestro sueño.

Imprudente por la primera y última vez de su vida, la condesa había permanecido en París tres semanas más del tiempo convenido, y su marido inquieto le hablaba de que iba á buscarla.

«Es necesario volver á Valpinson, me dijo, porque no quiero sacrificar nada del renombre que he conquistado. Mi vida, la vuestra, la de mi hija, todo lo sacrificaré sin vacilar por mi reputación de mujer honrada.»

Estábamos entonces—¡ah! las fechas han quedado en mi memoria como grabadas en bronce—estábamos, digo, á 12 de Octubre.

—«No podría, me dijo, permanecer más de un mes sin veros. De hoy en un mes, es decir el 12 de Noviembre, á las tres de la tarde en punto, encontráos en el bosque de la Rochepommier, en la encrucijada de los Hombres Rojos.... Allí estaré....»



Y se fué, dejándome sumergido en un éxtasis que me impedía sufrir el efecto de nuestra separación.

El pensamiento de ser amado por tal mujer, me llenó de un excesivo orgullo, y me evitó, debo confesarlo, innumerables disgustos.

La ambición me destrozaba el corazón pensando en ella.

Quería trabajar, distinguirme, conquistar una superioridad cualquiera....

—Quiero que esté satisfecha de mí, me dije, porque es vergonzoso no ser nada á mi edad, más que el hijo de un padre rico....

Ya el señor Magloire se había levantado diez veces de su silla, moviendo sus labios como si quisiera hacer alguna objecion.

Pero se prometió así mismo el no interrumpir á Santiago, y sabía cumplir su palabra.

—Sin embargo, continuó el señor de Boiscorán, la fecha fijada por la señora condesa de Claudieuse se aproximó. Partí para Boiscorán, y el día convenido, un poco antes de la hora indicada, llegué á la encrucijada de los Hombres Rojos.

Si llegué retardado, cosa que me causó mucha pena, fué porque conocía imperfectamente el bosque de la Rochepommier y porque el lugar escogido por la condesa para nuestra ci-

ta, se encontraba en lo más espeso de la arboleda.

El tiempo era de un rigor extraordinario por la estación.

Había caído mucha nieve la víspera, los senderos estaban todos blancos y un áspero viento Norte sacudía los copos de nieve de que estaban cargados los árboles.

A lo lejos, distinguí á la condesa de Claudieuse, caminando con una especie de impaciencia febril, en un estrecho espacio en que el terreno estaba seco y al abrigo del viento por las enormes piedras de las rocas.

Llevaba un traje de seda granate, muy largo, una manteleta de paño guarnecida de pieles y una toca de terciopelo parecida al traje.

En tres saltos llegué á donde ella se encontraba.

Pero no sacó la mano de su manguillo para tendérmela, y sin permitir que me excusará de mi retardo:

—¿Cuándo habéis llegado á Boiscorán? me preguntó con tono seco.

—Ayer en la tarde.

—¿Qué niño os hacéis!.... exclamó dando con el pie en la tierra. ¡Ayer en la tarde!.... ¿Y con cuál pretexto?

—No necesito pretexto para venir á visitar á mi tío.